



Fotografía: Sayri Karp

El tránsito de la ceguera a la otredad vegetal

Silvia del Carmen Saucedo Heredia – *Canela*

Doctoranda del posgrado en Artes y Diseño de la Facultad de Artes y Diseño de la UNAM (FAD-UNAM) | Cuernavaca, México
silshari@yahoo.com

Introducción

Fue en mis años de estudiante universitaria cuando se convirtió en un incómodo problema para mí el hecho de no ser capaz de reconocer y nombrar a la mayoría de las plantas y los árboles de la ciudad, a pesar de todos los años que llevaba activamente *yendo a la escuela*. Se reducían apenas a unos cuantos los organismos que sí conocía. Mucho menos era capaz de describir, más allá de lo obvio, la vegetación de los distintos ecosistemas que visitaba en mis escapadas de verano. La limitación me causaba indignación y cierta tristeza, pues intuía que era

importante saber sobre plantas y árboles, por lo que necesitaba adentrarme en el conocimiento del mundo vegetal.

Años más tarde aprendí que aquella carencia, esa incapacidad de simplemente saber ver o distinguir la vegetación en nuestro ambiente, tiene un nombre: *plant blindness* o *ceguera vegetal* (traducción propia), término acuñado por los botánicos y educadores Elisabeth Schussler y James Wandersee en 1998. De acuerdo con ellos, esta tendencia a no ver la vegetación tiene consecuencias desastrosas, pues alimenta la subestimación de la vegetación y la flora

que nos rodea, y repercute en nuestro desinterés por la conservación de las mismas.

Schussler y Wandersee —entre otros estudiosos— explican que hay razones cognitivas y culturales por las que nos resulta más fácil distinguir a los animales y los insectos, que a las plantas. Tendemos a categorizar a estas últimas en grupos con cierta homogeneidad, sencillamente porque las plantas se mueven muy poco, crecen muy cerca las unas de las otras y son de colores altamente similares. El sistema visual humano (como el de otras especies animales) procesa, filtra y agrupa esta información en grandes grupos de elementos que no representan una “amenaza”. Además, como primates, tendemos a tener más en cuenta a criaturas que son más similares a nosotros en comportamiento y en apariencia.

Tomar consciencia de esta ceguera fue la punta de un enorme iceberg que con los años he ido descubriendo. La magnitud del reto que tenemos frente a nosotros, como especie humana, es enorme: si la consideración de la otredad animal es un desafío, lograr una verdadera y profunda apreciación por los seres vegetales, por quienes son y por lo que nos ofrecen, constituye un reto mayor.

En el presente texto comparto algunos hechos puntuales que han sido claves en el proceso que he vivido y lo que para mí ha significado acercarme al mundo vegetal, por lo tanto, está impregnado de subjetividad. Igualmente, destaco algunas ideas y reflexiones en torno a la otredad vegetal, abrevando de distintas voces que continúan nutriendo mi labor como educadora ambiental e ilustradora botánica.

De semillas y plántulas

El tema de la *otredad* ha sido estudiado ampliamente desde áreas como la filosofía, la antropología y la sociología, entre otras, por lo que existe una miríada de concepciones del término dada esta diversidad de perspectivas desde las cuales ha sido abordado. Aquí, invito a comprender la otredad como el reconocimiento consciente de la diferencia, de aquello distinto a nosotros, pero que igualmente

nos constituye. Reconocer la otredad implica hacerlo sin reduccionismos ni estigmatizaciones; sin ánimos de alimentar cualquier sentimiento de separatividad o aislamiento, mucho menos de alienación o de inferioridad. Por el contrario, la invitación es a celebrar esa pluralidad. En este sentido, la *otredad vegetal* comprende la consideración del mundo vegetal en la amplitud de su diferencia, su sensibilidad y su inteligencia; reconocimiento que nos marca la pauta para recuperar lo que el estilo de pensamiento hegemónico nos ha extirpado: nuestro más profundo sentido de pertenencia al gran entramado de la vida.

El origen de gran parte de la vida en la Tierra es una suerte de arte alquímico en el que ciertos organismos —como la mayoría de los seres vegetales— son muy talentosos: la fotosíntesis. Esta capacidad de absorber y transformar la luz solar, captar el agua y los minerales del medio y filtrar el dióxido de carbono, para convertirlo todo ello en nutrientes y materia constitutiva, me parece realmente fascinante. Otras particularidades de los organismos vegetales que admiro, por mencionar sólo algunas, es su facultad de adaptación a situaciones por demás adversas para la vida, desafiando hasta a la misma fuerza de gravedad para subsistir: pueden vivir aferrados a las paredes de piedra de un acantilado, en el agua o en las grietas del concreto. Además, está la enorme diversidad de formas en las que crecen: desde diminutos musgos hasta árboles monumentales de más de cien metros de altura y de miles de años de edad. El sustento de la vida humana también se lo debemos, en gran medida, a las plantas: de acuerdo con científicos de la Universidad de Hamburgo, Alemania, las plantas constituyen 80 por ciento de nuestros alimentos y son responsables de 98 por ciento del oxígeno que respiramos.

Sin embargo, de acuerdo con CONABIO, siendo México un país que alberga una alta riqueza biológica (cuenta con alrededor de 70 por ciento de la mayor diversidad de especies de plantas y animales a escala mundial y al menos 5 mil especies endémicas de plantas) se estima que ha perdido al menos 50 por



Fotografía: Andrea Citlalli Marichal González

ciento de sus ecosistemas, principalmente a causa del desproporcionado abuso de actividades antrópicas como la ganadería, la agricultura y el desarrollo urbano a gran escala.

Para entender con mayor profundidad contradicciones como la anterior, hace algunos años me acerqué a una propuesta educativa que me ofreció la oportunidad de comprender la complejidad de la crisis medioambiental. En retrospectiva, el tiempo que dediqué a mis estudios de maestría en educación ambiental me recuerda al proceso que experimentan las semillas de algunas especies vegetales. Así como la planta o el árbol le aporta nutrientes a sus semillas para que se formen y crezcan, yo igualmente recibí de dicho posgrado un valioso y abundante flujo de fundamentos, aprendizajes y experiencias para forjarme sólidamente como educadora ambiental. Al egresar de la maestría, de la

misma manera en la que algunas semillas caen al suelo arrojadas con un rico tejido nutricional (endospermo) y entran en un paciente periodo de latencia, yo necesité también de un periodo de espera para, en el momento adecuado, hacer germinar mi trabajo.

Años más tarde, gracias a personas cercanas que confiaron en mí y que me alentaron, encontré el sitio y las condiciones idóneas para emerger como ilustradora del mundo vegetal y continuar con mi formación, ahora como ilustradora botánica. Actualmente me encuentro estudiando un doctorado en Artes y Diseño, en el que he hallado suelo fértil para hacer florecer un proyecto educativo ambiental de ilustración botánica. Asumiendo como condición indispensable el giro de la otredad vegetal, mi investigación se pregunta cómo la ilustración botánica puede propiciar la construcción de saberes ambientales, a partir de lo que Octavio Paz denominó la *experiencia de esa otredad* arbórea que habita el histórico parque Melchor Ocampo en Cuernavaca, Morelos.

Elementos para pensar la otredad vegetal

A continuación apuntaré algunas ideas, organizadas en tres ejes temáticos, que considero son significativas para la comprensión de la otredad vegetal, con miras a propiciar una valoración más justa y digna de ésta. Sin intentar agotarlos, me interesa señalar ciertos elementos que, como mencioné, he encontrado y adoptado en mi proceso de maduración como educadora e ilustradora; modestos haces de luces que van orientando mi rumbo.

El estilo de pensamiento

Un punto de partida ha sido la exploración de las premisas detrás de nuestra forma de nombrar a lo que llamamos *naturaleza*. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de naturaleza? ¿Dónde termina la naturaleza y comienza lo social o la cultura? Múltiples voces se han sumado al análisis crítico de las ideas predominantes occidentales, frente a los

tejidos de la vida no humana y los elementos geofísicos del planeta. Entender a la naturaleza alejada o separada de la cultura evidencia que somos herederos del estilo de pensamiento dicotómico y mecanicista que ha encontrado formas sofisticadas de legitimar y profundizar esa oposición naturaleza-cultura y —como afirma Boaventura De Sousa Santos— perpetuar la idea de la naturaleza como *exterioridad e inferioridad*.

La lógica de la segregación, de donde también surgió el paradigma científico moderno, es la lógica de la explotación sin límite que hoy sigue siendo dominante. Esta forma de vernos, pensarnos y relacionarnos con el mundo vegetal está, evidentemente, en crisis. Las condiciones medioambientales a las que hacemos frente globalmente son, siguiendo a la filósofa Ana Patricia Noguera, gritos de una Tierra sintiente (con la humanidad embebida en ella) adolorida, devastada, desgarrada.

Sobra decir que una de las más aberrantes y tiranizantes formas en las que hemos perpetuado la violencia en contra de la otredad vegetal es el sistema agrícola de producción basado en monocultivos y plantaciones. Prácticas a enorme escala que, de acuerdo con la profesora Donna Haraway, conforman el llamado *Plantacioceno*: una fuerza simplificadora y altamente disruptiva de los tiempos generacionales de complejos sistemas de vida que impone condiciones artificiales para la basta proliferación de pocas especies vegetales, mediante la eliminación y el reemplazo de muchas otras más. Se trata de un sistema de reorganización de la vida de las especies que depende, en gran medida, del trabajo humano forzado e intensivo.

A estas alturas del siglo XXI, lo que nos queda al mundo occidentalizado es optar por una saludable y profunda autocrítica, por el autocuestionamiento y la fértil reflexión que nos catapulte hacia nuevos procesos de *en-terramiento*; de regresar a la Tierra, como dice Bruno Latour. Urge la deconstrucción del paradigma dualista, que resulta por demás insuficiente e inoperante para afrontar la magnitud de los retos plantearios. Si la historia de la humanidad



Fotografía: Lorena Martínez

es el producto incesante de una diversidad de formas de relación humano-ambientales, requerimos escuchar con seriedad lo que nos ofrecen otras sociedades que comprenden cabalmente que las relaciones sociales no sólo se dan entre humanos, sino también con y entre otros animales, los seres vegetales y otras formas de vida.

Un elocuente ejemplo de otras formas de relación e intercambio, correspondiente a estéticas y paradigmas de pensamiento distintos a lo imperante, son las pautas éticas que la profesora Robin Wall Kimmerer (perteneciente a la tribu Potawatomi de Oklahoma, Estados Unidos) ha identificado como un elemento central de la sabiduría tradicional que necesitamos recuperar para la urgente sanación de nuestra relación con la otredad animal y vegetal. Se trata de las enseñanzas de *The Honorable Harvest* o la Cosecha Honorable (traducción propia)

que nos ofrecen las plantas. Por nuestra biología —apunta la Dra. Kimmerer— somos absolutamente dependientes de la vida de otros seres vivos. Nuestra existencia implica la muerte de otros, ineludiblemente; cuestión que conlleva una importante serie de responsabilidades. *The Honorable Harvest* es un protocolo ético que orienta las maneras de procurarnos lo necesario para nuestro sustento, guiados por un alto sentido de conexión, reciprocidad, gratitud y retribución entre humanos y otros seres vivos. Aunque este código no ha sido escrito en ningún lugar, la profesora propone la siguiente estructura:

1. *Nunca tomes lo primero que ves, tampoco lo último.* Ya sea una planta en una pradera, un hongo en un bosque o un pez en un río. Este lineamiento implica desarrollar un fuerte sentido de conservación y equilibrio.
2. *Pide permiso.* Al encuentro de ese otro animal o vegetal que buscamos, es necesario presentarnos y explicar por qué estamos ahí y qué es lo que necesitamos de ellos para, después, pedir permiso de tomarlos. Si bien en algunas sociedades hablar con las plantas es considerado un disparate, para la tribu Potawatomi se trata, simplemente, de buenos modales.
3. *Escucha la respuesta.* Porque se trata de aprender a entablar un diálogo con otras formas de vida. Se puede lograr siendo intuitivos, observando cautelosamente el lugar que habita ese ser vivo para saber si, después de nuestra colecta, seguirá teniendo suficiente para continuar viviendo. Si la respuesta es no, hay que acatarla; tomar sin permiso es lo mismo que robar.
4. *Toma sólo lo que necesites, una vez obtenido el permiso.* Esto resulta muy difícil de discernir en nuestra cultura materialista e hiperconsumista, pues confundimos profundamente la diferencia entre *necesitar* y *desear*.
5. *Minimiza el daño.* Toma lo necesario en una forma en la que beneficie a ese ser vivo, o bien, sin perjudicar a su especie, lo cual implica aprender a ser cautelosos y utilizar herramientas y

tecnología que permitan el menor deterioro posible.

6. *Usa todo lo que has tomado.* El desperdicio es una falta de respeto para lo que nos ofrecen esos seres vivos. La mejor manera de tener lo que necesitamos es no desperdiciando lo que ya tenemos.
7. *Sé agradecida/o por lo que has recibido.* La gratitud es un acto radical que nos recuerda que somos sólo una especie más en la gran *democracia de especies* y que la Tierra no nos pertenece.
8. *Comparte con otros seres vivos lo recibido.* Imitar la generosidad de la Tierra es un hábito que necesitamos cultivar para dar paso a una cultura de colaboración y resiliencia.
9. *Sé recíproca/o.* Para encontrar el balance necesario no podemos tomar sin dar algo a cambio de lo obtenido. Puede ser de manera simbólica (canciones, ceremonias, ritos) o material: esparcir semillas, limpiar el terreno, fertilizar para ayudar a la vegetación a proliferar y florecer.
10. *Toma solamente aquello que te es dado.* Si tomar sólo lo que necesitamos ya es difícil, tomar sólo lo que nos es dado resulta todavía más desafiante. ¿Cómo comprender la sutil pero vital diferencia entre aquello que necesitamos y lo que nos es dado?

Ante esta invitación, surgen otros cuestionamientos: ¿cómo sería nuestro mundo si pautas éticas como éstas estuviesen en la base de todo emprendimiento humano? ¿Qué tipo de ingredientes constituirían los alimentos puestos en nuestra mesa? ¿Cómo y con qué materiales confeccionaríamos nuestra vestimenta? ¿Cuáles serían los conocimientos que aprenderíamos en la escuela o en la universidad? ¿En qué consistiría estar sano y cómo trataríamos nuestras enfermedades? En síntesis, ¿qué significaría *habitar* esta Tierra?

Aportes para la educación

Una bella propuesta está en los trabajos del filósofo Baptiste Morizot y la historiadora del arte Estelle



Fotografía: Lorena Martínez

Zhong Mengual. Se trata de un ejercicio hasta cierto punto sencillo, pero contundente: ponernos en el punto de vista del otro ser vivo. Desde un enfoque educativo, intentar ver el mundo desde el punto de vista de un organismo vegetal, para sensibilizarnos a sus formas de ser, de estar, de interactuar, puede resultar muy develador. ¡Cuánto se enriquecerían las clases en las aulas y las charlas en casa si tratáramos de pensar como planta o sentir como árbol! Por lo menos nos acrecentaría la admiración por lo que hacen, cómo se comunican y las manera en las que viven.

Otros aportes importantes son los conocimientos surgidos de las ciencias (de aquellas que no buscan perpetuar la dominación del mundo vegetal y su uso como mero recurso natural) pues permiten difuminar, e incluso desmentir, ciertas ideas muy generalizadas en el pensamiento preponderante sobre los organismos vegetales. La labor de múltiples científicos e investigadores de todo el mundo demuestra que capacidades como recordar, aprender y comunicar están lejos de ser exclusivamente humanas. Así, premisas como las siguientes han

comenzado a desmontarse: “la vegetación no se mueve”, “los organismos vegetales son insensibles”, “las plantas no poseen inteligencia”.

Si bien los organismos vegetales son sésiles (no pueden desplazarse), han desarrollado estrategias adaptativas muy sofisticadas para sobrevivir depredaciones y difíciles condiciones medioambientales del lugar que habitan. El trabajo de Stefano Mancuso, entre otros, resulta fundamental para comprender que, precisamente, lo que nos ha impedido conocer a profundidad los organismos vegetales y, por ende, reconocerles como seres inteligentes, es el hecho de que son muy diferentes a los animales: son “seres divisibles, dotados de numerosos ‘centros de mando’ y con una estructura reticular no muy distinta a la de Internet”. Las plantas, a su modo, poseen los mismos cinco sentidos que tenemos los humanos, además de otros quince más que les permiten orientarse en el lugar que habitan, así como comunicarse e interactuar con otros organismos vegetales, insectos y animales. Esto, afirma Mancuso, las hace realmente diferentes: son extremadamente más sensibles que nosotros.

En uno de sus elocuentes ensayos, el filósofo Emanuele Coccia afirma que el intelecto es algo que existe fuera del cuerpo de cualquier individuo viviente porque el intelecto es una *relación*. El intelecto se da en las relaciones que establecen los cuerpos; en las asociaciones interespecie que se forjan entre dos o más seres vivientes. En este sentido, es evidente que en el mundo vegetal no sólo hay inteligencia, sino brillantez, por las múltiples estrategias que ha desarrollado la vegetación para *resolver problemas*, comprendiendo que la resolución de problemas es una cuestión relacional.

Evidentemente, urge acercar conocimientos como los de la neurobiología vegetal a los programas y sistemas educativos. De lo contrario, continuaremos perpetuando construcciones culturales, a todas luces anacrónicas, y que, sin embargo, siguen fuertemente arraigadas en las sociedades.

Arte y otredad vegetal

En una sociedad acostumbrada a desmontar hectáreas completas de bosques o selvas sin mayor miramiento, el arte en general, y la poesía en particular, nos pueden recordar, por principio, cómo *mirar*. Ya bien lo han dicho Carmen Villoro y Ana Patricia Noguera: si la poesía es una actitud ante el mundo, ¡cuánto nos urge surcir las grietas de nuestra sensibilidad en crisis con poemas! En este sentido, preguntemos a poetas y a los pueblos originarios sobre formas más bellas, más sensibles, más dignas y más respetuosas de nombrar a las plantas y los árboles, pero también de ubicarnos dentro del entramado de la vida.

Personalmente he encontrado que el arte de la ilustración botánica puede ser terreno fértil para acercarnos al mundo vegetal con respeto y admiración, pues finalmente, los seres vegetales son también nuestros maestros de resiliencia y sobrevivencia. En este sentido, poetizar en imágenes es hacer explícita la complejidad de las relaciones, de las múltiples interacciones, de los encuentros que hacen posible la vida. Justo en el acto de sentarse a dibujar plantas, que requiere estar presente con todo el

cuerpo y de un alto grado de compenetración con el ser vegetal, es en donde es posible encontrar la belleza transformadora de nuestro espíritu.

Una conclusión abierta

Hasta aquí, es posible advertir con claridad que los conocimientos de las ciencias sociales, de las ciencias biológicas y de los pueblos originarios sobre el mundo vegetal, conjuntamente nos urgen a despertar del delirio occidental de la supuesta superioridad humana sobre la Tierra. No hay un adentro (lo humano) ni un afuera (la naturaleza), como tampoco es sensato continuar pensando que estamos *a la cabeza* de un mundo a nuestra merced.

Para comprender a la humanidad sin extirparla del entramado de la vida, el trabajo que se haga desde la inter y la transdisciplina, con enfoque ambiental, mucho podrá aportar para desvanecer las fronteras disciplinares entre las ciencias sociales y las ciencias naturales. Y, por otro lado, podrá demostrar que la magnitud de los desafíos son fuerza motora, más que paralizante, que nos impulsa a no dejar de *girar*.

Me atrevo a afirmar que la esperanza de vida de nuestra propia especie es directamente proporcional al interés y la disposición que tengamos por aprender de lo que Baptiste Morizot llama el *arte de habitar de otros seres vivientes* —como las plantas y los árboles— en este excepcional planeta. Probablemente ahí está la clave para imaginar y hacer realidad formas más amables y honrosas de *ser* en un mundo multiespecie.

Recomendaciones para la acción

1. El biólogo y escritor Colin Tudge afirma que conocemos mucho mejor las estrellas del firmamento que los organismos vivos que habitan este planeta. En este sentido, una sugerencia es encontrar iniciativas locales que inviten a conocer el mundo vegetal e involucrarse activamente en

- los movimientos por su defensa y cuidado. Unirse a excursiones guiadas, caminatas al aire libre o charlas interdisciplinarias para acercarse al conocimiento de la vegetación y la flora local y regional, que aportan las ciencias, las culturas indígenas y las comunidades campesinas. Recordemos que, al realizar estas actividades debemos respetar pautas básicas de convivencia respetuosa como las mencionadas anteriormente.
2. Aprender a identificar y nombrar las plantas y los árboles, independientemente de nuestra labor o profesión, es fundamental para poder cuidar de ellos y de nuestra especie. Esto puede convertirse en un acto de amorosa subversión porque contraviene la inercia del paradigma de pensamiento que nos hace creer que los seres vivos están ahí para ser explotados a complacencia y sin límites.
 3. Prestar atención a nuestro lenguaje es ser auto-críticas/os con nuestra forma de pensar: sencilla y minúscula o compleja y monumental, cualquier expresión de vida vegetal es mucho más que sólo una “cosa”, “recurso natural”, “servicio ambiental” o mero “capital natural”. Cambiar nuestros hábitos lingüísticos es dejarnos atravesar por el reconocimiento de la otredad vegetal; es abrirnos a formas éticas de pensar, de sentir y de hacer. Encontremos otras formas de nombrar, impregnadas de nuevos sentidos.

4. Una forma muy efectiva de forjar nuestra vinculación empática con la otredad vegetal, de conversar con ella, es a través de la jardinería. Se puede llevar a cabo con unas macetas en el balcón, en la repisa de la ventana o participando en un huerto comunitario. La jardinería y el cultivo de hortalizas son una gran oportunidad para contemplar el misterio de la otredad vegetal y para sintonizar nuestro cuerpo con otros ritmos de la vida.

Lecturas recomendadas

- COCCIA, EMANUELE (2017), *La vida de las plantas: una metafísica de la mixtura*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- KIMMERER, ROBIN (2021), *Una trenza de hierba sagrada. Saber indígena, conocimiento científico y las enseñanzas de las plantas*, Madrid, Capitán Swing.
- MAETERLINCK, MAURICE (2019), *La inteligencia de las flores*, Oaxaca, Zopilote Rey.
- MANCUSO, STEFANO Y ALESSANDRA VIOLA (2015), *Sensibilidad e inteligencia en el mundo vegetal*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

“La palabra sin acción es vacía, la acción sin palabra es ciega; pero la palabra y la acción fuera del espíritu comunal son la muerte”

Vilma Almendra
Comunicadora comunitaria y activista Nasa-Misak
(Colombia) (1979-)